

María Rosa Ridruejo triunfa en Madrid

El sótano o medio sótano que es la muy madrileña galería Lázaro, casi en la plaza de Oriente, fronterizo a la puerta por donde entran al reencuentro de Falla y de Rimsky-Korosakof los conspicuos de las localidades altas del Real, se abre en la tarde de noviembre a la fiesta primero puntillosa, luego cálida y apasionada de la presentación de una muestra artística.

¿Cerámica? Valdría la afirmación. Pero a condición de completar -sin el menor matiz diminutivo sobre el noble y primerísimo oficio del barro- que es eso... y algo más. Desde luego, escultura. Con todos los reflejos que nos moviliza la palabra en cuanto a empaque, solidez, voluntad de permanencia... y no menos, pintura: las figuras humanas o las casas arracimadas que componen sus murales: pero sobre todo los fondos -lejanías, cielos, respaldos ideales-, donde no es mérito adivinar la tenaz y nunca acabada pelea con la materia para acercarse al color exacto...



Pero esta es una nota de espectador, humildemente alejada de las reseñas críticas que firmarán mejores entendedores. (Cabe en todo caso apuntar la adhesión que nos merece un arte total. quizá por su semejanza con lo que ocurre en la literatura, ya no tan escasa de textos desobedientes a la ortopedia de los géneros establecidos.) Y en seguida, señalar, como conviene a las páginas para las que escribo, el talante leonés del acontecimiento.

Leonesa es María Rosa M. Ridruejo. Y en León ofreció en el comienzo de esta década, que auguramos decisiva para su arte, una exhibición ya bien granada. Quedó a la vista, entonces, su equipaje de sensibilidad y de vocación. Pero también de recursos técnicos para que la sensibilidad y la vocación no se quedasen en especulaciones.

Ahora en Madrid al cabo de breves años está claro que para nuestra artista el tiempo no ha pasado en balde. Y sí a su favor.

Antonio PEREIRA